

## SERMON MORAL

SOBRE

### LOS QUE CONSTITUYEN LA DICHA EN LAS RIQUEZAS.

---

*Vidi cuncta quae fiunt sub sole, et ecce  
universa vanitas et afflictio spiritus.*

Vi cuanto pasa debajo del sol, y todo es  
vanidad y afliccion de espíritu.

(ECCLES., cap. I, vers. 14.)

Quando con mirada atenta y reflexiva examina uno ese afanoso movimiento del género humano; quando contempla que la tierra se halla ya casi empapada en el copioso sudor con que la han regado las generaciones que han vivido en ella por el espacio de seis mil años, no puede uno ménos de preguntarse á sí mismo: ¿qué buscan los hombres en su movimiento continuo? ¿Qué pretenden con sus fatigas y sudores? Y al hacerlo, una voz secreta sale de lo íntimo del corazón: «Los hombres, dice, buscan lo que naturalmente apetece todo sér viviente; los hombres van tras de los impulsos de su instinto racional; quieren ser felices, y exponen su vida á los trabajos, al cansancio, y á la misma muerte, por conseguir la felicidad.» Hé aquí, amados míos, una sentencia inspirada por la razón, sentencia que lleva envueltos dos grandes dogmas de nuestra Religión: primero, el de haber sido criado el hombre para ser feliz en la tierra, y haber perdido esta felicidad por su culpa; se-

gundo, el de confesar que existe una vida venidera, en la cual el hombre ha de poseer el Bien sumo en toda la extension de que es capaz, porque su instinto y su razon lo llevan necesariamente á la adquisicion de la dicha por todos los medios que están á su alcance; y no encontrándola en cuanto hay en el mundo visible, necesariamente la ha de encontrar en el invisible, á no ser que queramos acusar á Dios de injusto, por haber criado un sér espiritual con propension é instintos hácia una dicha que no existe, lo que sería la más inconcebible quimera.

Es decir, señores, que ese gran movimiento de la humanidad, esa incansable agilidad con que el espíritu humano vuela de cálculo en cálculo, de empresa en empresa, es el cumplimiento de las miras que Dios tuviera al criar al hombre. Dios quiso la dicha omnímoda de su criatura privilegiada, y, no obstante la degradacion en que se sumió toda la estirpe de Adan por su apostasía, se le quedaron al hombre medios abundantes que pudiese utilizar en beneficio suyo, con cuyo empleo fuese verdaderamente feliz en ambos mundos: en el material, donde peregrina, y en el espiritual, donde reina. Hé aquí, amados míos, una materia bien halagüeña: la felicidad del hombre en la tierra y en el cielo; para creer en la dicha que se nos reserva en éste, no hay más que elevar la vista al firmamento, y á su aspecto la razon misma, independientemente de la revelacion, nos insinúa que existe allá algo de sobrehumano y de beatificador, reservado únicamente para aquella criatura que entre todas las visibles tiene el privilegio de mirar al cielo y de contemplar su hermosura: para el hombre. Para creer en la dicha que en la tierra misma nos proporcionára el Criador, es preciso entregarse á las sublimes inspiraciones de la Religion; porque ¡ah! el hombre feliz no puede deber su dicha en este valle de lágrimas á la razon, ni á la filosofía, ni á la política, ni á las combinaciones hu-

manas, y sí á la Religion, pues cuanto ésta enseña es sólido, estable y eterno, y cuanto nos presenta el mundo es vanidad y afliccion de espíritu. *Vidi cuncta quæ fiunt sub sole*, etc.

Hé aquí, señores, una gran materia, en cuyos deslindes es preciso detenerse con atencion y sacar conclusiones provechosas. Es desde luégo indudable que Dios quiere que el hombre sea feliz, y que para ello le ha dado los medios suficientes; es tambien más que cierto que debe trabajar el hombre por dulcificar en algun modo su amarga peregrinacion de este mundo; y, en efecto, todos los afanes que tanto absorben la atencion humana, no tienen otro objeto. Pero es necesario examinar si lo que hacen los hombres es lo que ha intentado Dios; es preciso ver si la dicha y felicidad están donde el hombre las busca; es preciso dilucidar si lo que la razon depravada llama dicha, lo es en realidad. Riquezas, honores, placeres: ved cuánto apetece una razon rastrera y un sentido lleno de corrupcion; esta es la panacea universal que el mundo da á sus hijos para aliviarlos en esta mísera vida; este el hilo de todas sus obras, y á la adquisicion de estos tres objetos tiende toda la vigilancia del mundo. Examinemos, pues, si el mundo se engaña, para no seguir nosotros sus erradas máximas, y vivir en lo sucesivo mejor aconsejados. Yo, siguiendo la doctrina del Espíritu Santo, y hablando segun las convicciones que la experiencia ha engendrado en mi débil entendimiento, diré desde luégo que todos los afanes del hombre para conseguir riquezas y honores no son más que vanidades y afliccion de espíritu: *Vidi cuncta*, etc. Y en conformidad con aquella doctrina revelada, siento una proposicion de eterna verdad: «No está la dicha del hombre en las riquezas.» Ved lo que ocupará vuestra atencion religiosa en este momento.

Virgen sagrada, que en trono de gloria resides senta-

da al lado de tu Hijo; inspira á tu siervo para que enseñe á este pueblo cuál es la verdadera felicidad, cuál el camino por donde sube el hombre al apogeo de la gloria. Con la gracia de tu Hijo y tu poderosa mediacion, espero arrancar del corazon de mis hermanos las preocupaciones que los detienen para llenar sus deberes de cristianos. Con tal que consiga esto, están satisfechos mis deseos y cumplida mi felicidad. Pidámose lo todos humildemente, saludándola reverentes con el ángel.

AVE MARÍA.

Cuando Dios crió al hombre, lo adornó de todas las prerogativas que convenian á la nobleza de su origen, dándole además cuantos medios le eran necesarios para llegar al fin para que el Criador le diera á luz. Este fin, ora lo consideremos relativamente á Dios, ora con relacion á la criatura, es un fin recto. Dios, al dar sér al hombre, tuvo dos fines: uno está en relacion con el mismo Dios, y fué éste el manifestar su omnipotencia, su sabiduría y su gloria; otro lo está con el mismo hombre, y fué el de hacerlo feliz; este fin es universal, ni admite excepcion alguna; aquí no hay Rey, ni príncipe, ni vasallo, ni sábio, ni rico, ni pobre, ni ignorante, pues en presencia del Criador, y en su voluntad de criar las cosas, hay la más perfecta igualdad entre los séres de un mismo género y especie; hombres que constan de un cuerpo material y de una alma racional, espiritual é inmortal; hombres que, delineados externamente en la mente divina, deberán existir en el tiempo demarcado por los decretos divinos; hombres que salgan á luz por la vía de las leyes comunes y ordinarias, dotados de inteligencia y razon para conocer á Dios y para amarlo á Él y á sus hermanos: hé aquí la economía de la Providencia divina

en orden á la existencia del hombre. En vano la herejía y la impiedad han pretendido inventar otras teorías, haciendo al Dios de piedad un tirano, árbitro de las criaturas racionales, y criando á unas para gozar y á otras para padecer; en vano ha intentado probar la incrédula filosofía que el hombre no encuentra la dicha sino en objetos sensuales; todos los conatos de la demagogia no han podido ni podrán arrancar de la humanidad la creencia que le enseña, por medio de la revelacion, que «Dios crió al hombre en estado de justicia y de gracia original:» *Deus fecit hominem rectum (Ecclesiastes, 7, vers. 30)*, y que la infelicidad y desdicha de este hombre pende de haber él mismo pervertido su propia índole, de haberse mezclado en cuestiones que ninguna analogía tuvieran con su dicha temporal y eterna: *Ipse vero multis se immiscuit questionibus (ibidem)*.

Siendo el fin único de la creacion del hombre, por cuanto respecta á sí mismo, su felicidad temporal y eterna, era preciso é indispensable que Dios diese á todos y cada uno de los individuos los mismos medios de buscarse y de conservar esta felicidad, so pena de faltar algo á la esencia del mismo hombre, ó de admitir en Dios la monstruosidad de querer que todos los hombres fuesen felices, sin dar á ninguno los medios de conseguirlo. ¿Y hay un entendimiento, por rudo que sea, que no rechace con desden semejante injuria que en este caso se haria á la razon divina? Pues bien, amados míos; era preciso asentar esta paradoja como una verdad fundamental si pretendiésemos constituir la felicidad temporal del hombre en las riquezas.

Sí; contemplad por un momento el estado de la gran familia humana. ¡Desgraciados hijos de Adán! Unos tienen sus carnes ennegrecidas por las inclemencias de los elementos, pues no han tenido ni una triste piel de animal con que cubrirse del rigor del invierno ni del ardor

del verano; otros presentan el repugnante aspecto de un Lázaro harapiento y ulcerado, teniendo que reclinar su dolorido cuerpo en la dura piedra, y esperando que de casa del opulento caigan algunas migajas con que mitigar el hambre; aquí la esteva y el arado hieren en vano la dura pradera, que se resiste á la mano humana, sin quererla enseñar su fecundo seno sino despues de haber visto regada de sudor la frente de su dueño; allí se ve una prodigiosa muchedumbre que maneja la azada, el martillo, sin dar descanso á su cuerpo, no teniendo tiempo ni para saludar al sol naciente, ni para mirarlo en su ocaso, pues toda su atencion está en el trabajo. Éste es el estado de las tres partes y media de la humanidad. ¡Cuánta miseria en unos! ¡Cuántos afanes y trabajos en otros! ¿Y por qué? Porque todos son pobres, porque todos aspiran, no tanto á enriquecerse, cuanto á no perecer entre las miserias que ocasiona la pobreza. ¿Es decir que casi todos los hombres son pobres? Sí, señores; la pobreza es el patrimonio universal de la humanidad. No el pobre que yace postrado en duro lecho, no el proletario y labrador que pasan su vida entre los trabajos y fatigas, sino el sábio, el opulento, fué quien nos enseñó cuál era la condicion del hombre, cuál su herencia y patrimonio. Job, el sapientísimo príncipe de la Idumea, nos dijo que «desnudo naciera del vientre de su madre, y desnudo volveria al seno de la tierra;» lo que nos hace confesar que no hay hombre alguno que sea verdaderamente rico en este mundo, y por consiguiente no habria alguno verdaderamente feliz, si hiciésemos consistir la dicha en las riquezas mundanas.

Pero áun en medio de la mísera condicion de los mortales, demos caso que existan hombres ricos; demos caso que se conceda este nombre á esos hijos mimados de la fortuna, á quienes todo sonrie al parecer en la tierra. Nada les falta de cuanto produce la naturaleza é in-

venta el arte para deleitar á los hijos del siglo; rebosan sus arcas en tesoros, penden de sus armarios riquísimos diamantes y perlas; la seda, el brocado, la púrpura y el blanco cendal son el ornamento de su cuerpo; el alabastro, el zafiro y los más preciosos mármoles han servido para fabricarle una erguida morada; criados fieles, amigos numerosos, vasallos sumisos, objetos sensuales; en fin, todo lo que en muchos siglos de experiencia y refinamiento ha producido la ingeniosa vanidad, abunda en su derredor; al verlo, todos dicen con espontaneidad: «Ese es un hombre bien rico.» Sin embargo, ¿es feliz? ¿Es acaso verdaderamente rico? ¡Ah! amados míos; todo esto, y mucho más, poseyera uno de los hombres más opulentos que ha habido en la tierra; ninguno ha podido gloriarse sino él de que en su nacion abundase el oro y la plata como las piedras; ninguno ha tenido mesas tan espléndidas y regaladas; ninguno se ha entregado tan sin reserva á los halagos del sentido; este hombre era Salomon; él mismo va á decirnos cuánto hizo para enriquecerse, y él tambien nos dirá si fué feliz ó desdichado en medio de sus tesoros.

«Yo, dice, fuí rey de Israel en Jerusalem; ví cuanto hacian los hombres, y todo es vanidad. Dije entre mí mismo: «Iré, y abundaré en riquezas y delicias;» engrandecí mis obras, edificué casas, y planté viñas. Hice jardines y verjeles, y plantélos de toda clase de árboles, colocando entre ellos fuentes deliciosas. Poseí siervos y esclavos, ganados y rebaños, como no tuviera ninguno de los que me precedieran. Amontoné para mí oro y plata, apropiando la sustancia de los Reyes y de las provincias; busqué cantores y cantatrices, y todas las delicias de los hijos de los hombres. Y superé en riquezas á cuantos me precedieran en el trono. No negué á mis ojos nada de cuanto deseáran, ni prohibí á mi corazon que gozase de todo placer y se deleitase en las cosas que habia yo prepara-

do; y juzgué que ésta era mi única felicidad. Mas habiéndome detenido á considerar todas estas riquezas, hallé que todo era vanidad y afliccion de espíritu.»

Hé aquí un hombre que habla por propia experiencia. Si el que dijo estas sentencias fuera un asceta de la Tebaida, que reputa las riquezas por carga insoportable, ó por espinas que punzan, no sería quizás digno de la atención de los hombres sensuales. Pero el autor de este razonamiento es un hombre que se entregara á todos los placeres sensuales; un hombre que vió á sus plantas á los Reyes y príncipes; un hombre que superara en saber á los egipcios y persas; un hombre, por fin, desengañado, que no encontró en las riquezas sino un escollo, pues pocos son los hombres que por su abuso no se pierdan. Cuál sea la razon esencial que tuviera el sábio Salomon para decir que el hombre no tiene que esperar de las riquezas sino afliccion de espíritu, está claro á quien estudie con atención lo que es el hombre en su instinto y propensiones.

La propia felicidad es el hito de todas las obras humanas; y sin hacer actos reflejos sobre este fin, caminamos á él en cuanto hacemos y pensamos. Pero tenemos la desgracia de quererla buscar donde no existe; la buscamos en las riquezas, y éstas no sirven sino para atormentarnos, porque ellas no son capaces de saciar los deseos de nuestro corazon; cuanto más se tiene, mayores son las necesidades que nos creamos; y á medida que nos rodea una fortuna brillante, se aumentan las vanidades de nuestro espíritu, no satisfaciéndose éste en nada de cuanto tiene presente. Y esto es una consecuencia necesaria de nuestro propio sér; por muchas que sean las riquezas que el hombre posee, por cuantiosos é innumerables que sean sus tesoros, ¿qué son todos ellos al lado del espíritu humano? El oro, los diamantes, las perlas, la plata y todas las preciosidades, podrán dar satisfaccion completa

á aquello con que tengan analogía, y ellos no la tienen sino con la materia de que están formados, con la tierra, de cuyas entrañas los saca la atrevida mano humana, pero no podrán jamás hacer feliz al alma racional, porque ninguna analogía ni afinidad tienen con ella, pues es espíritu, y no puede suceder que dos cosas contrarias en un todo puedan contribuir á hacer su mútua felicidad. ¡Ah! Cuando contempla uno lo que vale un solo pensamiento humano, una sola idea del alma racional, no puede ménos de elevarse sobre este mundo material, y, mirándolo con atención, decirle con el divino Pablo: «Todo eso que vosotros, hombres del mundo, llamais tesoros, yo lo tengo por estiércol.» Es verdad, señores, que sólo la Religion hace que se mire lo que es este mundo en su verdadero punto de vista; y por no seguir sus máximas divinas se arrojan ciegamente los hombres en los negocios del mundo, afanándose inútilmente en labrar su felicidad por la adquisicion de las riquezas; pero seguid los pasos á esos mismos hombres que locamente van tras de los tesoros, acompañadlos hasta el supremo momento de su existencia, fijad vuestra atención en ellos en aquel terrible momento en que ven entreabierta la entrada de la eternidad, oid lo que dicen cuando han puesto ya un pié en la tumba y otro en la vida venidera. ¡Qué sorpresa! ¡Qué desengaño! ¡Pluguiese á Dios que no esperasen los hombres á tan terrible momento para conocer sus errores! Escuchad, y no oireis á un solo hijo de la fortuna dejar de exclamar con Salomon: «Todo es vanidad y afliccion de espíritu; todos mis tesoros, que adquirí con tanto afan y conservé entre tantos temores, no son más que tierra.» *Omnia vanitas et afflictio.*

Y si queremos persuadirnos más ciertamente de esta verdad, no tenemos más que abrir el Evangelio: «Un hombre rico, dice el Salvador, tuviera cosechas abundantes, y andaba pensativo diciendo: «¿Dónde allegaré